

## **«EL BICENTENARIO DE UNA HISTORIA COMPARTIDA»**

**por el Dr. Luciano Miguens**

En primer lugar deseo agradecer a la CD de la Academia por la honrosa distinción de haber sido elegido Académico de Número de la misma.

Sinceramente, tal como se lo expresara en su momento al señor Presidente, no creo ser acreedor de los méritos suficientes que justifican tal nominación. No digo esto por falsa modestia sino que la realidad de no haberme integrado al ejercicio activo de nuestra profesión, hace que esta distinción no se sustente en hechos científicos o académicos, como los que distinguen a quienes a partir de hoy serán mis pares en esta Academia.

Sin embargo, las razones que a juicio de los señores académicos motivaran y dieron sustento a esta decisión, hacen que hoy este aquí, con mucho orgullo, dispuesto a compartir con ellos de ahora en más el interés común que nos incumbe como miembros de difundir y enaltecer en el país y en el extranjero el prestigio de la cultura nacional.

Debo atribuir mi acceso al estudio de las ciencias veterinarias, al hecho de transcurrir gran parte de mi infancia en el campo, lo que indudablemente despertó en mí una atracción especial por la naturaleza, sobre todo en lo referente al conocimiento de aquellas especies del reino animal, con los que convivíamos diariamente.

Esa afición tan especial se convirtió, creo, en una verdadera vocación que apenas concluido el ciclo secundario definió mi ingreso a la Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Buenos Aires. Al evocar con una mirada retrospectiva aquellos momentos de fines de la década del cincuenta, resalto su coincidencia con una etapa de excelencia académica de esa casa de estudios, dado el nivel intelectual, didáctico y humano del plantel de profesores, potenciado a su vez en la ventaja que surgía del número relativamente bajo de alumnos, lo que nos permitía un estrecho contacto con ellos. Por nombrar sólo algunos, recuerdo hoy a Newton, Pires, Aramburu, Monteverde, Solanet, Cano, Buide, Menchaca, Ras, quienes además de la excelencia académica que los distinguiera en su labor docente, complementaban la misma con una destacada actuación profesional en cada una de las especialidades en que les tocó actuar.

De esa época guardo un especial recuerdo, no sólo en cuanto a la oportunidad de mi formación universitaria y la posibilidad de ampliar el conocimiento, sino también por la cosecha de numerosos amigos, muchos de ellos hoy excelentes profesionales con los que tuve la oportunidad de seguir en contacto a lo largo de mi vida.

Por mi especial afición a la especie equina, mi propósito era inclinar el ejercicio de la profesión hacia esa actividad, pero circunstancias especiales determinaron que recién recibido, el camino a seguir se volcara, ante el requerimiento de mi padre, a la administración de campos familiares en los partidos de Chascomús y Salto en la provincia de Buenos Aires.

Si bien la aplicación de los conocimientos adquiridos se constituyó en valioso aporte para el desarrollo de la actividad elegida, la prevalencia de la atención administrativa sobre la tarea profesional me impidió la profundización y perfeccionamiento que la práctica y una dedicación exclusiva permiten.

Por otra parte los requerimientos gremiales y de servicios de mi actividad agropecuaria, me acercaron a la SRA y a una posterior integración a la misma, hecho determinante en el direccionamiento de mi futura actividad dirigenal. Mucho tuvo que ver también en ello mi afición a la cría de caballos de Raza Criolla y su presentación en la exposición de Palermo, que favorecía dicha vinculación, ya que fui convocado a colaborar en la organización y comisariato de este evento, primero como secretario del mismo y luego como comisario general durante varios años.

De esta manera llegué a su Comisión Directiva, primero como vocal de distrito, luego accedí a la integración de varias comisiones internas, y entre ellas presidí la de sanidad. Posteriormente ejercí el cargo de Director de los Registros Genealógicos por cuatro años, hasta que asumí la Presidencia en 2002, cargo que ejercí durante tres períodos hasta el 2008.

Así las circunstancias me fueron llevando a la participación, no buscada y menos imaginada, en la actividad gremial, coincidiendo mi presidencia en esa entidad ruralista con uno de los momentos más difíciles de nuestra historia en lo que respecta a la relación campo-gobierno. No dudo que mi circunstancial participación en la dirigencia agropecuaria durante esos tiempos, en defensa del sector y en la atención a sus reclamos fue gravitante para esta nominación. En esta línea es que aprovechando la coincidencia de este acto con un momento tan significativo para nuestra Nación como la celebración de su Bicentenario, he creído oportuno en el breve espacio que me permite esta disertación elegir como tema de la misma un análisis del desarrollo del país y el de su sector agroindustrial, en ese camino tan interdependiente y complejo a veces que marcó su historia durante estos doscientos años.

Difícil de comprender entonces, como esa mutua dependencia a pesar de tener claros objetivos comunes, se haya caracterizado más por sus frecuentes desencuentros que por los puntos de coincidencia, como la lógica pareciera indicar.

Vale la pena resaltar que en toda esta presentación no he profundizado en la investigación histórica que un tema tan prolongado en el tiempo merece, pero creo excede en este caso el sentido exclusivamente cronológico de este relato

que tiene como objeto relacionar el devenir histórico de los acontecimientos del país, desde la gesta libertadora de Mayo de 1810, con el del sector al que se encuentra tan íntimamente ligado y sin duda el de mayor gravitación a lo largo del Bicentenario en su desarrollo económico, el agropecuario.

Las múltiples circunstancias que en estos dos siglos le tocó enfrentar, las diferentes tendencias sociopolíticas y económicas surgidas de las distintas ideologías reinantes a través del tiempo, los frecuentes cambios de gobierno, algunos democráticos y otros de facto y en fin las muy fluctuantes condiciones de los mercados externos, vitales para una economía agroexportadora como la nuestra, marcan el difícil y cambiante escenario que impidió el afianzamiento y concreción de un modelo sustentable.

Comienza entonces este ensayo en aquel momento histórico en que el país elegía el camino de la libertad que sería consolidada recién seis años después con la declaración de la Independencia en Julio de 1816.

Intentaré en consecuencia, encuadrar esta historia en tres o cuatro períodos definidos claramente por los acontecimientos principales o más trascendentes que caracterizaron cada uno de ellos y que fueron marcando el perfil de un país que a pesar de sus crisis recurrentes, políticas erróneas e incluso ideologías foráneas, se definió claramente en su opción por la democracia, el respeto a los poderes del estado como lo exige la República y un federalismo auténtico expresado en una justa participación y coparticipación de las provincias.

Abrimos entonces la historia con la destitución por parte del Cabildo Abierto del Virrey Cisneros el 25 de Mayo de 1810 y su decisión de acuerdo a las facultades que le correspondían del nombramiento de la Primera Junta del Gobierno Patrio.

Ya existía, es cierto, en aquellos hombres que conformaron este primer gobierno, una opinión coincidente sobre una especial atención al campo, ya que como era fácil de prever, el privilegio de la calidad de sus recursos naturales debía convertirlo en generador de riqueza.

Surge así entre sus primeras acciones, el decreto de otorgar facilidades a los extranjeros para trasladarse al país, prometiendo la protección del gobierno a todos aquellos que se dedicasen, decía el decreto «a las artes y al cultivo de los campos».

Contaba aquel país en su nacimiento, con una casi exclusiva actividad comercial que era la de la salazón de la carne, los saladeros, instalados unos años antes, a instancias del Virrey Vértiz a fin de aprovechar las inmensas cantidades de carnes que se perdían con el único fin de la extracción del sebo y el cuero, las famosas vaquerías.

La actividad era rentable, sobre todo ante la nueva política que puso fin al monopolio español y permitió la libre exportación de los frutos de nuestra

tierra. Numerosos ganaderos invirtieron en la construcción de saladeros que se convertían así en nuestra primera agroindustria.

En octubre de 1810 la Primera Junta aprueba la instalación de un saladero en la Ensenada de Barragán, el primero construido en territorio argentino.

Posteriormente, el Primer Triunvirato promulgaría en 1812 un decreto en apoyo a la actividad carnicera, declarando libre de derechos y trabas en su exportación a las carnes saladas vacunas, tasajo, lenguas y otros productos de esa especie y franquicias especiales a la introducción de los elementos necesarios para la construcción de barricas que eran utilizadas como envases de las carnes saladas para su exportación.

Sin duda, entre aquellos memorables próceres quien sobresalió por su insistencia en la atención sobre los beneficios que el campo reportaría al país fue Manuel Belgrano, abogado por vocación y general por obligación, graduado en la española Universidad de Salamanca, portador de nuevas ideas, entre ellas las del fundador de la escuela económica conocida como Fisiocracia, del francés François Quesnay basada en la exaltación de la agricultura y de sus procesos productivos, como centro de la actividad económica y factor fundamental de la riqueza.

Decía el prócer al respecto: «estas tierras cuentan con una riqueza que si bien no brillan como el oro y la plata permite el desarrollo del arte más soberano del mundo, la agricultura». «Esta», agregaba, «es el verdadero destino del hombre, y en un país agricultor como el que habitamos, el cultivo de las tierras decide la riqueza o indigencia no sólo de los labradores si no de todas las clases».

Recomendaba el prócer al mismo tiempo la atención de la educación pública, la creación de una escuela de agricultura y de un fondo solidario destinado a socorrer al labrador. A instancias de él Hipólito Vieytes edita un semanario que promueve la agricultura. En cuanto a la exportación, hablaba de la libertad de comercio ya que, cito a Belgrano, «la policía al comercio interior y exterior más segura y provechosa a la Nación, consiste en la plena libertad a la concurrencia.» A poco de andar, sin embargo surgen en la Junta diferencias entre Moreno, un entusiasta defensor del federalismo, y Saavedra, en cambio, más inclinado a favor del unitarismo y centralismo, posiciones antagónicas que darían origen a un debate que se prolongaría a lo largo del siglo.

La incorporación a la Junta de representantes del interior (Junta Grande, fines de 1810) pareció significar el triunfo de la tendencia federalista ante la férrea defensa del centralismo porteño.

Esta confrontación, entre unitarios y federales, Buenos Aires contra el interior, dio origen a tumultuosas guerras civiles en las que la aparición y fuerte protagonismo de los caudillos en sus respectivos territorios, paralizó el crecimiento del país por mas de cuarenta años hasta el advenimiento del periodo llamado de la Organización Nacional.

Al respecto dice Félix Luna sobre ellos en su libro «Los caudillos»: «son figuras que forman parte más de la leyenda que de la historia. Hombres de una personalidad singular, caracterizados por el sentido federalista de su lucha, el recelo antiporteño y el signo popular de su trayectoria.»

La anarquía reinante y la lucha contra el malón en la expansión de las fronteras agropecuarias, fueron quizás las circunstancias determinantes de la llegada al gobierno de la provincia de Buenos Aires en 1829 de quien ocuparía un lugar preponderante durante más de dos décadas en nuestra historia, Don Juan Manuel de Rosas.

Estanciero, ligado al campo, de una fuerte personalidad, conocedor de sus hombres y costumbres por propia experiencia, ponderado en su accionar como defensor de la soberanía nacional, pero a su vez altamente denostado por el autoritarismo, la violencia y el derramamiento de sangre que distinguió su largo mandato afirmado en las facultades extraordinarias obtenidas.

Este tramo de la historia seguramente daría lugar para llenar innumerables páginas pero ello no es el objetivo de esta disertación. Sí, es de interés su mención para un enfoque más preciso del escenario que encontraría el país luego de la caída del prolongado gobierno rosista tras la batalla de Caseros.

Al respecto dice Carlos Pedro Blaquier en su Manual de Historia Argentina «a instancias de Urquiza el vencedor de Caseros, se sanciona la Constitución de la Confederación Argentina el 1 de mayo de 1853». Una Constitución que sigue al pie de la letra el proyecto del Doctor Juan Bautista Alberdi, en su célebre tratado «Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina». «Alberdi y Urquiza coincidían», continúa Blaquier, «en la necesidad de preservar un poder central fuerte, que asegurase la unión nacional y por eso, agrega, la Constitución del 53 es lo más unitaria que puede ser una constitución federal». En lo económico era netamente liberal.

Considerando la trascendencia de estos hechos los tomamos en cuenta para el inicio de un nuevo espacio histórico, el de la Organización Nacional, que brindó al sector agropecuario, ya con el marco más propicio de un país con estabilidad política, la posibilidad de apuntalar un proceso de crecimiento económico del que sería protagonista la República y que la llevaría a ocupar una posición de preeminencia en América.

La acelerada tasa de crecimiento del país en ese entonces, que como bien indica el historiador Roy Hora, reconocía pocos equivalentes a nivel mundial, afianzaba al mismo tiempo el liderazgo en la política nacional de los dueños de la tierra, los terratenientes, que hacían sentir su poderosa influencia sobre la vida de la República.

Fue notable, sobre todo en las primeras décadas de este espacio, el fuerte desarrollo de la ganadería ovina, ya insinuada en el medio siglo anterior, en el

que contando con el apoyo de Bernardino Rivadavia, se efectivizaron las primeras importaciones de las razas South Down y Merino. Por invitación de Rivadavia y apoyados en la ley de enfiteusis - concesión de tierras contra el pago de un canon - que él mismo promulgara para fomentar la inmigración europea.

Llegan así en 1825 los primeros colonos escoceses que fundarían estancias dedicadas a la producción de ganado ovino y bovino en la provincia de Buenos Aires.

Sucesivas importaciones de varios miles de carneros merinos entre 1836 y 1838, expandieron la ganadería ovina en forma excepcional (70 millones de cabezas y 90.000 toneladas de lana exportada en 1875) y convirtieron a esta actividad en el rubro de mayor dinamismo entre 1850 y 1890.

El acertado manejo de los productores laneros contribuyó al eficaz mejoramiento de la calidad de las majadas, superando incluso en su modernización productiva en esos años, al crecimiento de la ganadería vacuna.

En ese sentido la historiadora Carmen Sesto, en su libro «Historia del Capitalismo Agrario Pampeano», resalta la diferencia entre el manejo progresista de los productores ovinos, en aquel momento la mayoría británicos, irlandeses o vascos, frente a la de los ganaderos vacunos, a quienes llama retardatarios, por su avance más lento en el proceso de cruzamiento y mejoramiento de los rodeos. Considero que en ello mucho tuvo que ver el efecto dinamizador del mercado externo, fuertemente demandante en el caso de la lana.

La ganadería vacuna, si bien comenzó su refinamiento en 1823 con la importación del primer toro Durham (Shorthorn), de nombre Tarquino, cuyos descendientes, los llamados tarquinos adquirieron renombre y se propagaron sobre todo en la provincia de Buenos Aires, fue más lenta en el proceso mejorador de sus rodeos, dadas las escasas exigencias de los saladeros con sus requerimientos de cueros gruesos y pesados y de carnes delgadas y fáciles de salar, condiciones comunes en los vacunos criollos, y por lo tanto no estimularon la continuidad de esas importaciones.

Recién afianzará su desarrollo en las últimas décadas del siglo, debido al avance de los frigoríficos en 1883 con la incorporación además de la ya citada raza Shorthorn, de reproductores Hereford y Angus, cuya significación en el agregado de calidad a los planteles criollos sumada a una cría natural y a campo en nuestras extensas praderas, consagraría a la carne argentina en poco tiempo como la mejor del mundo, título que aun hoy mantiene en la consideración de los mercados demandantes.

Un párrafo aparte lo constituye la fundación el 10 de Julio de 1866 de la Sociedad Rural Argentina, entidad a la que le cupo un protagonismo muy especial desde entonces en la vida económica y política del país.

Fue impulsada su creación por un grupo de hacendados con la intención de fomentar el desarrollo rural mediante la difusión del conocimiento agropecuario y atender a los intereses políticos y gremiales de la naciente burguesía terrateniente, necesitada de contar con una institución que representara a los productores agrarios frente al Estado.

El propio Sarmiento se había sumado con entusiasmo a la creación de una entidad de fomento rural y no deja de alentar a sus socios fundadores, con copiosa información desde Washington, donde se encontraba en misión diplomática enviado por el presidente Mitre. Comentaba desde allí sobre los avances del país del norte en el tema agrícola ganadero. «Indicaciones prácticas que me permito hacerles para facilitar sus tareas», decía, «que cada aldea, cada provincia tenga sus asociaciones, que el país se organice en sociedades rurales.» Con el apoyo de los hombres de la Sociedad Rural Argentina, ya como Presidente de la República en 1871 inaugura una exposición nacional en Córdoba y el 11 de Abril de 1875 se inaugura la primera exposición de la Sociedad Rural Argentina en lo que hoy es pleno centro, esquina de Paraguay y Florida.

Entre las bases para su fundación, bregaba la nueva entidad en su estatuto original, velar por los intereses del campo, estimular el bienestar de sus hombres y propagar el conocimiento, mediante la creación de una biblioteca, un instituto educativo especializado, y una publicación puramente agrícola, ocupada en la divulgación de los métodos de labranza y del manejo y atención del ganado.

Decía al respecto Angel Estrada, el primer responsable de la revista Anales, en una de sus editoriales «la nueva entidad viene a ofrecer a la campaña un centro protector y capacitado, de donde partirá la ley que lo ilustre, el brazo que la defiende y el dedo que indique a los gobiernos sus llagas, sus dolores y sus remedios».

Cabe mencionar también la conclusión de un hecho largamente ansiado acerca de un sistema ideado en Francia por Charles Tellier a fines de 1876 para la conservación y transporte de carne a una temperatura no inferior a 0 grado, o sea, sin congelar. El 23 de Agosto de ese año, dice la rural, «se bota en Rouen, Francia, el vapor Le Frigorifique destinado a buscar carne del otro lado de los mares, que se introduciría en cámaras frías para trasladarla a Europa y expandirla en esos mercados».

Según el optimista comentario del Journal de L'Agriculture era indescriptible el suspenso que el viaje originó en los medios porteños y particularmente en la Sociedad Rural, cuyos directivos ofrecieron la máxima cooperación, llegando incluso a donar casi 100 animales para el cargamento de retorno.

Si bien había cosas por mejorar, el futuro del comercio de las carnes, estaba al alcance de la mano. «El ocaso de los saladeros anunciaba el amanecer de los

frigoríficos», dice la Rural. En 1883 se instala en San Nicolás el primer frigorífico del país.

Un acontecimiento importante también y digno de mención respecto al desarrollo ganadero, fue la iluminada observación de un productor, Ricardo Newton, en su viaje a Inglaterra en 1845 visitando el condado de Yorkshire, donde conoció un método de contención del ganado, consistente en un cerco de gruesos alambres donde pastaba un grupo de ciervos.

El sistema encontró rápidamente adeptos en el país, ya que no sólo contribuiría a la seguridad y orden en la propiedad del ganado si no que al mismo tiempo ayudaba a la protección de los sembradíos agrícolas.

Se constituía así el alambrado, dice la rural, en un nuevo elemento de la llanura pampeana y en una eficaz respuesta a la permanente recomendación o reto de Sarmiento a los dueños de la tierra «cerquen, no sean bárbaros». En 1870 la Argentina ya tenía 1.800.000 habitantes y 12.000.000 de cabezas bovinas.

La extensión de las fronteras como consecuencia del desplazamiento indígena en esa lucha aún discutida pero sin duda necesaria para la integración de los nativos al crecimiento, permitió el acceso a la tierra de estos mismos, quienes junto al fuerte ingreso de inmigrantes europeos concentrados principalmente en las provincias de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, constituyeron un fuerte espaldarazo a la incipiente producción agrícola. En 1856 se funda la Colonia Agrícola Esperanza, la primera en Santa Fe, cuna de la colonización agrícola a partir del contingente de 840 colonos europeos traídos por Aaron Castellanos.

Entre 1856 y 1895 se establecen 300 colonias en alrededor de 350.000 hectáreas. «En un par de décadas», dice Ezequiel Gallo en su libro «Colonos en Armas», «Santa Fe uno de los más pobres y atrasados estados de la Confederación Argentina pasó a ocupar el segundo lugar luego de Buenos Aires sumando entre ambas 3.300.000 hectáreas cultivadas».

Continua Gallo: «La menor dimensión relativa de la empresa agrícola permitió el surgimiento de una capa de medianos y pequeños productores que sólo existía en forma reducida en la época del predominio ganadero».

Santa Fe se convirtió así, rápidamente, en el primer productor de cereales de la República, con 1.700.000 toneladas, para cuyo transporte desarrolló la más completa red ferroviaria con que contaba el país. En sólo 25 años, entre 1869 y 1895, la población de la provincia se cuadruplicó y casi el 42 % de sus habitantes eran extranjeros. Si bien la gran mayoría procedía de Italia, entre los restantes se contaban españoles, franceses, suizos, alemanes, austriacos y británicos.

Cabe en esa época, la referencia a la grave crisis financiera originada por una intensa sequía, que determinó en 1912 el estallido de los chacareros de la



llamada «Pampa Gringa» que pasó a la historia como el «Grito de Alcorta». De allí surgiría una entidad ruralista que aún perdura, la Federación Agraria Argentina.

Las reiteradas recomendaciones del ilustre tucumano Juan Bautista Alberdi respecto a la necesidad del fomento de las inmigraciones para la explotación de nuestras riquezas, «gobernar es poblar» repetía, quedaban convalidadas por la exitosa convocatoria alcanzada. La República Argentina pasaba de 1.800.000 habitantes en 1869 a casi 4.000.000 en 1895.

Influenciado por los conceptos belgranianos, se refería Alberdi a la agricultura y a la industria como la base de la riqueza de la República. Multiplicar el ganado, cultivar los campos, trabajar las minas, atender el ferrocarril, los puertos, las vías navegables, eran para él las prioridades. «Es obligación del gobierno Nacional dotar a la Confederación de vías públicas que activen el comercio.» En ese sentido la inversión en una mejor red de transporte ferroviaria, sobre todo con el apoyo del gobierno británico, contribuyó a facilitar la actividad comercial. De 2400 km en 1870 se pasó a 33.000 km en 1914, la más importante de América del Sur.

Sin duda, la estabilidad política y las circunstancias internacionales de una fuerte demanda alimentaria, que crecía en relación directa al prestigio de nuestros productos, fueron factores decisivos en su interpretación y apoyo, por una dirigencia que sería en el tiempo recordada y ensalzada como la Generación del 80 por su adecuado acompañamiento en la puesta en marcha de ese asombroso crecimiento que llevo al país a ocupar posiciones de privilegio en la economía mundial.

El país de la carne, del trigo, el granero del mundo, eran los calificativos con que la Argentina irrumpía en la consideración internacional que miraba con asombro el crecimiento de ese joven país, próximo a cumplir su centenario. Lo cierto es que aquellos sueños de los hombres de Mayo, aquellos conceptos belgranianos y de Alberdi sobre el venturoso destino que auguraban para el futuro del país, sobre todo en su condición de exportador y proveedor alimentario del mundo, se convertían apenas 100 años después, en una realidad concreta. Como testimonio de la promisorio situación decía la publicación Anales de la Sociedad Rural Argentina «hoy las cosas han cambiado, la indiferencia con que hasta hace poco se miraban los asuntos rurales, se ha reemplazado por un creciente interés. Hasta aquí existía una falta absoluta de política agropecuaria. Nuestros progresos nos sorprenden a nosotros mismos».

«El comienzo del siglo XX nos mostraba, en coincidencia con el centenario, a una Argentina distinta que comenzaba a ser reconocida en el mundo entero», afirma Alvarado Ledesma en su libro «Por qué despreciamos al Campo», en el que además menciona expresiones de Mitre en un discurso de 1901 en el que decía «hace 50 años éramos una agrupación informe cuya cohesión sólo se mantenía por el instinto o la violencia. Hoy somos una nación compacta, que puede exhibir con orgullo sus títulos ante el mundo».

Se aprestaba así nuestra Patria a vivir la celebración de su primer centenario en un clima de euforia por supuesto ampliamente justificado. Con respecto a esta celebración, cabe mencionar anecdóticamente el papel que protagonizó la Sociedad Rural Argentina en aquel momento. La entidad pocos años antes de esta fecha había recibido por parte del gobierno, a instancias de Sarmiento, un bañado de doce hectáreas, hoy Palermo, «para levantar instalaciones de un predio destinado a la realización de exposiciones y ferias que contribuyan a alentar la producción y difundir las mejoras genéticas y modernas técnicas de gestión», decía el decreto. A partir de 1878 se convertirá en el escenario desde donde el campo exhibe año tras año su producción a la Argentina y el mundo.

Cerca ya de la fecha centenaria, el gobierno nacional solicita a la entidad la puesta en condiciones del predio y la organización de una gran exposición agropecuaria, para asociarse en un nivel acorde a la magnitud de ese festejo. A pesar del fuerte desafío económico que requería el financiamiento de construcciones al efecto y la organización del evento, la CD no trepidó en abordarlo persuadida de que cumplía con esa obra de grandísima utilidad nacional en la posibilidad de mostrar al mundo la realidad de un país que cumplía sus primeros cien años.

Decía la Rural, «el siglo XIX llega a su fin. La ganadería argentina lo despide con una realidad auspiciosa: 23 millones de cabezas de ganado y más de 115 millones de pesos en concepto de exportaciones, y en lo referido a la agricultura 5.000.000 de hectáreas cultivadas.

El avance en infraestructura da lugar a numerosas industrias vinculadas con la actividad agropecuaria como la vitivinícola, la azucarera, molinos harineros, aceiteras, y la láctea en sus primeros pasos.

Los fabricantes de implementos agrícolas se multiplican. El sostenido crecimiento del agro impulsa al conjunto de la economía nacional, aporta divisas, financia importaciones y atrae la inversión. La Argentina era el país de mayores expectativas en el mundo y el sexto en ingreso per cápita en 1910. ¿Cuál es la explicación de que un país que ingresaba al siglo XX con tal impulso y un seguro destino de progreso, apoyado en sus recursos naturales y humanos sufriera en poco tiempo un enorme retroceso?

¿Cómo puede entenderse que transcurridas sólo dos o tres décadas se produjeran cambios que frenaran tan vertiginoso avance y su condición agroexportadora comenzara a ser cuestionada cuando no descalificada?

¿Dónde estuvo la defección, dónde estuvo la causa de ese incomprensible retroceso que nos llevó de ocupar los primeros lugares del mundo con respecto al crecimiento y a su actividad exportadora a quedar relegada a lugares totalmente opuestos?

¿Fueron las fuertes crisis económicas y la cambiante actitud de los sucesivos gobiernos con una mayor intervención estatista y excesiva influencia de nuevas

teorías socio económicas de carácter populista, que lamentablemente dieron la espalda a la realidad?

¿Cuánto tuvieron que ver las circunstancias internacionales de un mundo azotado por las dos grandes guerras, con países con sus economías deprimidas hasta límites insospechados y emigraciones de millones de habitantes?

Sin duda la sumatoria de todas ellas determinó que aquella economía agroexportadora comenzara a perder el liderazgo que le permitió, cito aquí a Aldo Ferrer «cumplir el importante rol por un lado del abastecimiento interno y por el otro el de la generación de excedentes exportables con apreciables dividendos».

El predominio de ideas adversas al agro, claramente tendenciosas en desmedro del mismo, por su dependencia exclusiva del factor tierra desconociendo el factor humano que la tarea conlleva, comenzó a ganar espacio, alcanzando su apogeo de la mitad del siglo en adelante. Dice al respecto Marcos Aguinis, «este es un concepto simplista y antiguo, ya que los recursos naturales con su sola presencia, no bastan para que una Nación prospere», coincidiendo con lo que decía Alberdi 100 años antes «por rico que un territorio sea, el pueblo será pobre si no sabe sacar de su seno la riqueza que contiene».

Aquellas ideas, sin embargo, dieron lugar a partir de la década del 40 a nuevas teorías económicas entre ellas, una mayor participación del Estado, control de precios, proteccionismo, sustitución de importaciones, temas todos que se instalaron en los países en desarrollo, prevaleciendo en sus modelos económicos.

El liberalismo económico, predominante durante tanto tiempo, perdió vigencia y el sector privado dejó su espacio al Estado, que pasó a ocupar un rol preponderante en la actividad económica.

Las secuelas de la gran depresión mundial del 30, quizás la más grave crisis del capitalismo a lo largo de su historia, gravitaron en la caída de las exportaciones, con una Gran Bretaña tan influyente en nuestra actividad comercial, empobrecida y con mercados, tanto el americano como el europeo, cada vez mas proteccionistas.

No olvidemos su coincidencia a nivel local con el golpe militar al gobierno de Yrigoyen, que marcó la interrupción de más de setenta años de democracia en la Argentina, y fue el punto de partida del debilitamiento institucional de la República.

La fuga de capitales y la gran caída a nivel mundial de los precios de los granos, contribuyeron a complicar aun mas la situación, con la migración de un

gran número de trabajadores rurales a las ciudades, en busca de mejores condiciones laborales con las graves consecuencias sociales derivadas. Entre 1935 y 1945, dice Roberto Cortés Conde más de 1 millón de personas emigró a la ciudad de Buenos Aires.

Aún así en 1943 se crea la hoy prestigiosa institución Confederaciones Rurales Argentinas para nuclear a las más de 300 sociedades rurales locales existentes en el país.

Sorprendentemente se insistió en el requerimiento al sector de un especial apoyo a la expansión industrial, dada la franca desventaja competitiva de esa actividad frente a los productos importados. Ello derivó en una fuerte transferencia de ingresos intersectorial, que si bien pudo justificarse en el necesario impulso inicial, de ninguna manera era razonable en su continuidad a lo largo de casi todo el siglo, basado en argumentos de su mayor agregado de valor a las exportaciones y su mayor capacidad generadora de mano de obra.

A mi juicio, esta equivocada aseveración se le atribuía en base a parámetros relativos que sólo tomaban en cuenta a la población rural y no a los efectos multiplicadores generados por la ocupación de los sectores proveedores de insumos, los procesadores de sus productos, ni a la innumerable prestación de servicios requeridos.

El fuerte debate sobre esta estrategia, dio origen a aquella particular antinomia campo-industria que en la Argentina persistió durante largos años y que aún hoy cuesta revertir, a pesar de que el concepto económico moderno, apunta justamente en sentido contrario, es decir, a una necesaria integración entre ambas actividades.

Ese nuevo escenario de priorización a la industria estuvo signado por cambios profundos en la actividad económica debido al avance simultáneo de políticas socializantes, populistas, en boga en los países desarrollados, fuertemente críticas de la actividad productiva, considerada como símbolo del atraso y del subdesarrollo.

Nuevas ideas que hicieron pie en un país debilitado en su economía y lejos de su consolidación política, resabio de los sucesivos gobiernos de facto y planteos militares que tanto le costó superar, hasta su retorno a la vida democrática recién en 1983 con el acceso del partido radical al gobierno.

Con la recuperación de la democracia el país enfrentaría la despedida del siglo, en su última década con una serie de sucesos externos e internos, que iban a ser determinantes en su ingreso al nuevo milenio.

Entre ellos la inesperada caída del régimen comunista imperante en la Unión Soviética y en algunas otras naciones europeas y asiáticas que tuvo su expresión simbólica en el derrumbe del muro de Berlín y en la reunificación alemana.

Promediando ya el siglo comienza a tomar fuerza, frente a aquellas políticas que lo caracterizaron del aislamiento y el proteccionismo, el avance de un concepto que contradecía e iba a cambiar fundamentalmente aquellas teorías económicas, como fue la globalización.

Un nuevo concepto basado en una realidad innegable del comercio mundial, la interdependencia de los mercados, es decir la integración comercial ya sea entre países o entre bloques regionales o continentales que ponía fin a aquellas ideas de estados económicamente independientes.

Organismos internacionales creadas al efecto, como el Acuerdo General de Tarifas y Comercios (GATT) la OMC, etc. se encargaron de establecer los mecanismos de negociación y las normativas generales en la búsqueda de los consensos y acuerdos, nunca fáciles para actividades muy diversas, y a su vez de asumir la responsabilidad de reunir a los países miembros para su discusión y actualización en comisiones específicas plenarias, las llamadas Rondas (Uruguay, Doha) amplias en su convocatoria aunque no siempre efectivas en los resultados obtenidos. Inflexible posición de los países europeos respecto de los subsidios agrícolas.

En nuestro país los 90 serán recordados sin duda entre otros temas por la superación del flagelo aftósico, que posibilitaría la apertura para nuestras carnes de mercados que restringían su introducción por razones sanitarias.

Tuve aquí la oportunidad de integrar, en representación de la SRA, el Consejo de Administración del Senasa entre los años 1990 y 1994, una experiencia que me acercó nuevamente a la profesión con la satisfacción de poder contar con el apoyo invalorable de Aramburu y Gimeno, entre otros.

Fui testigo en ese momento de la responsabilidad y alta capacitación del plantel profesional de dicho organismo, tanto en el ámbito resolutivo central como en aquellos que ejercían la profesión en lugares mas alejados y de difícil acceso donde su colaboración fue fundamental en el éxito de la cobertura vacunal.

La exitosa y novedosa experiencia argentina en llevar adelante una campaña de erradicación en forma integrada entre el sector privado (productores) y los servicios sanitarios oficiales en las llamadas fundaciones zonales y la posibilidad de contar con un inmunógeno realmente efectivo, como la vacuna oleosa, logró revertir la falta de credibilidad de los productores debido a los numerosos fracasos anteriores, por el eficaz cumplimiento de un Programa Nacional que en pocos años lograría para el país el status de País Libre de Aftosa con Vacunación.

Pero también, sin duda, serán recordados los 90, por la implementación del gobierno menemista de una política cambiaria destinada a superar la hiperinflación heredada del alfonsinismo, la convertibilidad, es decir, un tipo de cambio atado al dólar, útil tal vez, para la recuperación de la estabilidad

monetaria, como se demostró en un primer momento , pero que, lamentablemente, al no verse acompañada en su continuidad por la necesaria solidez fiscal y el control del gasto público, terminó afectando duramente al país en su competitividad exportadora.

«El pecado de esta época», dice Alvarado Ledesma en su publicación, «La Argentina Agrícola» «fue la falta de decisión para reformular el Estado. Las declamadas reformas estructurales no se hicieron. Persistió la inercia de la vieja política de sustitución de importaciones y de un estado tremendamente gravoso.»

A pesar de esto, el fin de siglo nos presentaba como contrapartida, una serie de señales positivas, lideradas por el eficaz aprovechamiento de las novedosas alternativas tecnológicas y los precios favorables impulsados por la creciente demanda alimentaria de los países asiáticos. Coincidió con el Ingeniero Héctor Huergo cuando al referirse a este espacio habla de la «segunda revolución de las Pampas», él nos dice que «el formidable crecimiento de la producción en los últimos años y que avizoramos para los próximos, ya no depende principalmente de la extensión de la superficie si no del eficaz aprovechamiento de las múltiples alternativas que nos brindan la investigación y el conocimiento. Claramente se advierte el predominio de la cultura tecnológica en la eficiencia de la actividad agropecuaria.

La incorporación de la agricultura sustentable a través de la siembra directa, la obtención de productos transgénicos desarrollados en base a la combinación de material genético, la transformación de productos primarios en biocombustibles como el biodiesel y el etanol derivados de la industrialización de cereales y oleaginosas, las posibilidades de las economías regionales con sus respectivos productos e industrias de los que dependen regiones o provincias enteras, fondos de inversión integrados tanto para la actividad agrícola como ganadera (pool de siembra, feedlots, entre otras), en fin, una modernización que parece no tener límites y una serie de señales positivas de una oportunidad paradójicamente similar a la de 100 años atrás con los mercados europeos.»

No obstante, el ingreso al nuevo milenio, la última década del bicentenario, nos depararía nuevas desazones al enfrentarnos con el panorama realmente complejo y preocupante de un país al borde del colapso con altísimos índices de recesión, desocupación y pobreza que se expresó crudamente en la grave crisis política de fines de 2001 y principios de 2002.

La renuncia del Presidente de la Rúa luego de algunos intentos fallidos de solucionar la debacle imperante, se hizo efectiva el 20/12/01 ante el inminente estallido social, habiendo cumplido apenas la mitad de su mandato. Se sucedieron a esto efímeras presidencias destacándose entre ellas la del Dr. Adolfo Rodríguez Saa por la declaración del default de la deuda externa, aclamada en el recinto y recibida con un gran apoyo popular. Sin embargo

diferencias internas con gente de su partido determinaron su renuncia al cargo que sólo mantuvo durante siete días y cuya sucesión finalmente recayó en el Dr. Eduardo Duhalde el 2 de enero de 2002.

Un gobierno de transición en el que se determinó la devaluación de la moneda, el punto final a la ley de convertibilidad, la pesificación de los depósitos bancarios en moneda extranjera y la distribución de algunos planes sociales, medidas todas destinadas a atenuar los efectos de una economía en recesión, pero que no alcanzaron a aquietar los ánimos de una población sumamente afectada.

Dice Juan Carlos Portantiero en su artículo «La Crisis del Sistema Político Argentino» acerca de este momento, «el cuadro de situación era terminal. El colapso del sistema político coexistente con el del sistema productivo y financiero y una catástrofe social que dejó un 60% de pobres en lugar del 10% tradicional. Los ahorristas perjudicados con la confiscación de su dinero, la devaluación de la moneda y la falta de trabajo, dieron lugar a los piquetes que ocuparon las calles, «que se vayan todos» era la consigna popular reveladora de la desestimación de la representación política.»

Graves disturbios y lamentables acontecimientos, determinan al entonces Presidente, adelantar el llamado a elecciones presidenciales para el 27 de Abril del 2003.

Se inicia así esta última etapa de mi relato, que abarca la primera década del milenio, con el sesgo y protagonismo del nuevo Presidente, el entonces gobernador de Santa Cruz Dr. Néstor Kirchner.

Unos meses antes, en septiembre de 2002, se me confirió la responsabilidad de presidir la Sociedad Rural Argentina. Iba a coincidir por lo tanto desde entonces mi mandato en la entidad con el del nuevo presidente de la República. Traigo aquí algunos párrafos de mi discurso en el acto inaugural de la Exposición de Palermo en julio de ese año, en el que me refería en estos términos al nuevo escenario. «La ciudadanía se acaba de pronunciar y ejercer su derecho a elegir, fortaleciendo así nuestro sistema democrático. Ayer se cuestionaba la representatividad política, hoy aflora con fuerza un sentimiento de esperanza como señal de una sociedad que vive la democracia como un bien consolidado. Es momento de unir, no dividir, es hora de restablecer confianzas, es hora de poner el hombro.

«Le manifestamos también, Sr. Presidente, que antes que pedir, queremos ofrecer, ofrecer la mano extendida del sector más competitivo de la economía, ofrecer nuestra capacidad productiva, ofrecer nuestro potencial en la generación de puestos de trabajo, ofrecer nuestra filosofía de inversión constante»

Un año después, en ese mismo ámbito, manifestábamos nuestro reconocimiento a los avances alcanzados. «Es bueno reconocer que los

pronósticos sombríos sobre un total descontrol de la economía que surgieron al inicio de este ciclo de gobierno, contrastan con una reactivación lenta, pero reactivación al fin.

El superávit fiscal, la favorable balanza comercial, la reducción de la deuda pública y privada, de los índices de pobreza y desempleo, así lo demuestran y nos permiten mirar al futuro con optimismo.

Enfrentamos la doble carga de los subsidios externos y de los derechos de exportación internos y seguimos siendo competitivos y ganando espacio en los mercados internacionales. Más del 52 % de las exportaciones salen de la agroindustria, mas del 36% de la población activa pertenece a la cadena agroindustrial. Aportamos a la producción y aceptamos el desafío de nuevas cosechas record.

Sin embargo advertíamos sobre el origen de los fondos, sobre su dependencia del aparato productivo agroindustrial, de la necesidad de políticas agropecuarias destinadas a encauzar e impulsar la actividad y generar confianza y previsibilidad en la necesidad de alentar inversiones.»

El comercio internacional nos ofrecía, después de muchas décadas una oportunidad de crecimiento similar quizás a la de 100 años atrás, cuando la Argentina ocupó un lugar de preeminencia económica en el mundo.

Lamentablemente, dos años mas tarde, debíamos modificar el discurso. La Argentina dejaba pasar esa oportunidad que si aprovecharían, en cambio nuestros países vecinos, competidores en los mercados externos.

Era 2006 y decíamos en consecuencia, «Este año no ha sido uno más para el campo. Ha sido el año en que se decidió unilateralmente suspender la exportación de nuestro producto más emblemático, la carne. Peor aún, distintas limitaciones se extendieron también a otros mercados, como el de la leche, el trigo y las frutas, todos representativos del país y pilares fundamentales de nuestro crecimiento económico actual. Se ha dañado la imagen de la Argentina como proveedor confiable regalando espacios a nuestros competidores que luego serán difíciles de recuperar.»

Agregábamos, «el conflicto permanente entre la priorización de los mercados internos o externos, no se soluciona con el cierre de las fronteras sino estimulando una mayor producción.

Las medidas dispuestas a raíz de una incipiente suba del precio de la carne, como la disminución de los reintegros a sus exportaciones, aumento de las retenciones, fijación de pesos mínimos de faena, la creación del Registro de Operaciones de Exportación, control de precios y una exagerada intervención en la cadena cárnica no benefició ni al productor ni al consumidor. Hoy tenemos a la vista los resultados de esa política...



Profundas disidencias con el sector oficial ante la oportunidad perdida, dieron lugar a un acalorado debate, cada vez mas alejado de un acuerdo constructivo. A partir de allí sólo queda la crónica de un conflicto anunciado. Enredados en la maraña de nuestras propias contradicciones, frente a esta oportunidad histórica de transformarnos en protagonistas directos, capaces de servir la mesa del mundo, quedamos inmersos en la discusión de una política tributaria.

La preocupación central fue atender al superávit fiscal y esencialmente al fortalecimiento de un poder central basado en la percepción de altos derechos de exportación-las retenciones- un impuesto no coparticipable, y altamente distorsivo.

Contradicción inexplicable frente a nuestro permanente reclamo en los foros internacionales para la eliminación de los subsidios en los países desarrollados.

La proximidad del acto electoral del 2007 abría un compás de espera, una esperanza, de que teniendo en cuenta el papel fundamental que le había correspondido al sector en la reactivación del país en esos años, el futuro gobierno estableciera las condiciones que permitieran la continuidad de aquellos indicadores francamente positivos.

El resultado electoral, favorable a la actual mandataria, incluso en el interior del país, no sólo expresaba el reconocimiento a la recuperación económica, sino también era la expresión de la esperanza de una política concertada con respecto al sector que la realidad requería.

Cuatro meses más tarde, sin embargo, el 11 de marzo de 2008, en su primer mensaje al campo, el Ministro de Economía del nuevo gobierno nos sorprendía con la siguiente declaración. «Estamos anunciando un esquema de retenciones móviles para la soja, el girasol, el maíz, el trigo y todos sus productos derivados, para los próximos cuatro años. Con los niveles actuales de precios, aun con estas retenciones, el campo sigue siendo hiperrentable.»

Se daba así por tierra con aquella esperanza previa a las elecciones, de una nueva mirada al sector por parte del gobierno entrante, de un posible diálogo y debate de políticas agropecuarias, en la búsqueda de modificar la confrontación por la concertación y el acuerdo, como una vía adecuada para la continuidad de la recuperación económica.

El malestar de la dirigencia agropecuaria ante esa sorpresiva e inconsulta medida, se expresó en la unánime e inmediata decisión del lanzamiento de una protesta definida en el cese de comercialización de la producción en todo el país por dos días, y de no obtenerse una respuesta satisfactoria, su extensión en el tiempo.

El alto acatamiento de la medida por parte de los productores y su inmediata reacción manifestada en la convocatoria a asambleas locales y a la

concentración al costado de las rutas era una clara señal de apoyo y acompañamiento al reclamo.

Entidades vinculadas al sector, como las Bolsas de Cereales, Federación de Acopiadores, Cámara de Fabricantes de Maquinaria Agrícola. AACREA, AcSoja, Maizar, entre otras junto a productores independientes, no afiliados a las entidades gremiales, que se titularon «autoconvocados» se unieron en las manifestaciones en repudio a la medida.

Posteriormente serían profesionales, comerciantes, trabajadores, hombres y mujeres del interior quienes se sumarían, ya que sintieron en carne propia, que se estaba afectando su fuente de trabajo, su forma de vida y el futuro de sus hijos.

Pero sin duda la gran fortaleza del rechazo tuvo su base de sustentación en la determinación de las cuatro entidades gremiales de unificar su acción en la que se denominó Mesa de Enlace y desde ella llevar a cabo una estrategia común. Estábamos ante algo inédito en el gremialismo agropecuario argentino donde la norma generalmente era la prevalencia de las ideologías y estrategias particulares sobre los planteos comunes.

Mucho tuvo que ver en ello el haber contado entre mis compañeros de la Mesa de Enlace con hombres que además de su calidad humana, demostraron una permanente disposición al diálogo y a la postergación de intereses particulares frente a los objetivos superiores del país.

A partir de entonces la misma sería la encargada de determinar los pasos a seguir y es de destacar el fuerte alineamiento de los productores alrededor de ella. Considerando el tiempo que dispongo para la presente disertación, dejo aquí de lado el relato cronológico de esos cuatro meses que representaron el conflicto más largo de la historia en cuanto a una protesta agropecuaria, ya que se pueden consultar en publicaciones de la época y me centraré en los acontecimientos que me tocó vivir como protagonista de esos históricos días. Las marchas y contramarchas que se sucedieron, alguna que otra tregua propuesta por la dirigencia a fin de dar lugar a la condición del gobierno, de sólo abrir el diálogo previo levantamiento de las medidas de fuerza y la desestimación permanente de las múltiples propuestas elevadas por la Mesa de Enlace prolongaron e imposibilitaron cualquier tipo de acuerdo.

Vale la pena comentar las largas y repetidas reuniones llevadas a cabo con los representantes del poder Ejecutivo, generalmente su jefe de Gabinete, en las que varias veces creímos estar cerca del acuerdo pero que luego en el más alto nivel eran rechazados.

Acerca de la relación y numerosas gestiones realizadas ante los poderes públicos, me refería en Palermo en Agosto del 2008, «el 13 de marzo pasado los hombres y mujeres del campo, salimos masivamente no sólo a protestar sino a asumir una identidad colectiva que ya nunca abandonaremos.

Aprendimos a dialogar entre las cuatro entidades en la Mesa de Enlace, la que hoy esta abierta al diálogo franco y profundo con los poderes públicos, con los partidos políticos, con los representantes de las demás actividades, con aliados y adversarios ocasionales. En cada diálogo siempre hay una lección. Acudimos cada vez que se nos convocó desde el gobierno y lo seguiremos haciendo. Nos entrevistamos con intendentes y gobernadores con el objetivo de lograr un país realmente federal.» Y fuimos también a la justicia siguiendo los pasos que corresponden en cada caso.

Cuando la Presidenta decidió elevar la definición del tema al ámbito parlamentario acudimos al Congreso para aportar y fundamentar en el dialogo con los legisladores la razonabilidad y justicia de nuestro reclamo. Encontramos en ambas cámaras una gran receptividad en cuanto a un mejor conocimiento de la motivación del conflicto y de la incidencia de la medida en la economía nacional por lo que fuimos escuchados con especial atención y comprensión. El 5 de julio tuvo lugar la votación del proyecto en Diputados donde tras 19 horas de debate y los discursos de 150 legisladores se impuso el oficialismo por sólo siete votos. Doce días más tarde, el 17 de ese mes, el empate en senadores se resolvía a favor de nuestra posición con el voto no positivo del Vicepresidente de la República, Julio Cobos.

Las retenciones se retrotraían así a su valor al inicio del conflicto. El campo había logrado, aún en un ámbito de mayoría oficialista, se entendiera la razón de su reclamo.

La coincidencia en el tiempo de la culminación del conflicto con la celebración del bicentenario, es propicia para el punto final de este relato agradeciendo por supuesto el espacio que me ha concedido esta distinguida Academia.

He intentado reflejar en él, los hechos más significativos que en estos dos siglos compartieron, el país con sus políticas de estado y el campo como protagonista ineludible y motor principal de su desarrollo.

Quedan sin embargo, fuera ya del ámbito histórico de este relato, algunas reflexiones que merecen ser destacadas por su trascendencia en el escenario futuro de esta historia compartida.

Una de ellas es que a dos años de culminado el conflicto, persista en el gobierno, una actitud confrontativa de castigo hacia el sector, contrapuesta del diálogo y la búsqueda de consenso, sin duda la estrategia mas eficaz para el aprovechamiento de las oportunidades que el camino hacia el tricentenario nos ofrece.

Respecto de aquellas viejas antinomias campo-ciudad, campo-industria, que durante parte del siglo pasado complicó esa relación, el acompañamiento de gran parte de los argentinos al reclamo tanto en las asambleas y marchas del interior como en los multitudinarios actos de Rosario y Palermo, muestra

claramente una actitud distinta, superadora de aquellos falsos antagonismos, sin sentido incluso ante la realidad actual de su integración.

Otra de las derivaciones de aquel conflicto, fue la comprobación por parte de la dirigencia agropecuaria de una participación más activa en la política nacional, sobretodo en el ámbito legislativo, donde se discuten y convierten en ley los proyectos fundamentales de la Nación.

La rápida respuesta a dicho requerimiento, se evidenció en la presentación de un número importante de candidatos provenientes del agro en el proceso electoral de 2009, muchos de los cuales resultaron electos e integran hoy el Congreso Nacional. Afortunadamente este nuevo grupo asegura el compromiso de un debate amplio y profundo de los temas con una visión heterogénea hacia ese objetivo común que es el desarrollo del país.

Finalmente y con una mirada hacia adelante quiero dejar un mensaje de esperanza en referencia a las alentadoras perspectivas que nos ofrece ese camino que ya estamos transitando con una demanda alimentaria en constante aumento, difícil de dimensionar en un mundo cuya proyección demográfica para el año 2050 se calcula en 9.000 millones de habitantes.

El país en general y el sector en particular han ingresado en la llamada era del conocimiento. Ya no es la tierra sólo con las ventajas comparativas que nos otorga, el factor responsable de una fuerte producción. Hoy debemos transformar aquellas en competitivas, con las múltiples variables culturales y tecnológicas de que disponemos.

La capacitación, la investigación, las innovaciones tecnológicas, la manipulación genética, la agricultura de altísima precisión, la robótica, guías satelitales y el valor agregado de productos transformados para su comercialización en especialidades de alta valoración, son las herramientas que la ciencia hoy nos ofrece.

Todo esto, sumado a los valiosos recursos humanos que también nos distinguen, requiere de la complementación de políticas de Estado que generen confianza y previsibilidad para el estímulo de inversiones e ingreso de capitales. De esta manera volveremos a colocarnos a la vanguardia de los países productores e innovadores en la creación.

El desafío es doble entonces, no sólo seguir apuntalando el desarrollo nacional, sino también cumplir el deber ético de eliminar la desnutrición y la pobreza que hoy asolan a gran parte de la humanidad.

Para finalizar, en el marco del Centenario de nuestra Academia, en el Bicentenario de la Patria, luego de recorrer someramente todos estos años de encuentros y desencuentros, de avances y retrocesos, de esperanzas y desilusiones, deseo cerrar mi exposición, con un mensaje que nos comprometa

a retomar un camino de grandeza, basado en el esfuerzo, la recuperación de valores, el diálogo constructivo y la responsabilidad ciudadana.

Sabemos que podemos lograrlo a partir de los grandes consensos.

Quizás el mejor resumen de mi experiencia personal en ese largo conflicto fue precisamente el diálogo.

Aprendimos a escucharnos entre nosotros.

Fortaleciendo los acuerdos y minimizando las diferencias.

También en lo personal, permítaseme, un reconocimiento a mi mujer, mis hijos y familia, por su comprensión y apoyo permanente en aquellos momentos a veces difíciles, generadores de ausencias, dedicaciones de tiempo completo y carentes de horarios.

Para finalizar comprometo mi esfuerzo a seguir transitando aquel mismo camino. Hoy, con la mayor responsabilidad que me confieren al integrarme a esta prestigiosa Academia.

Muchas gracias